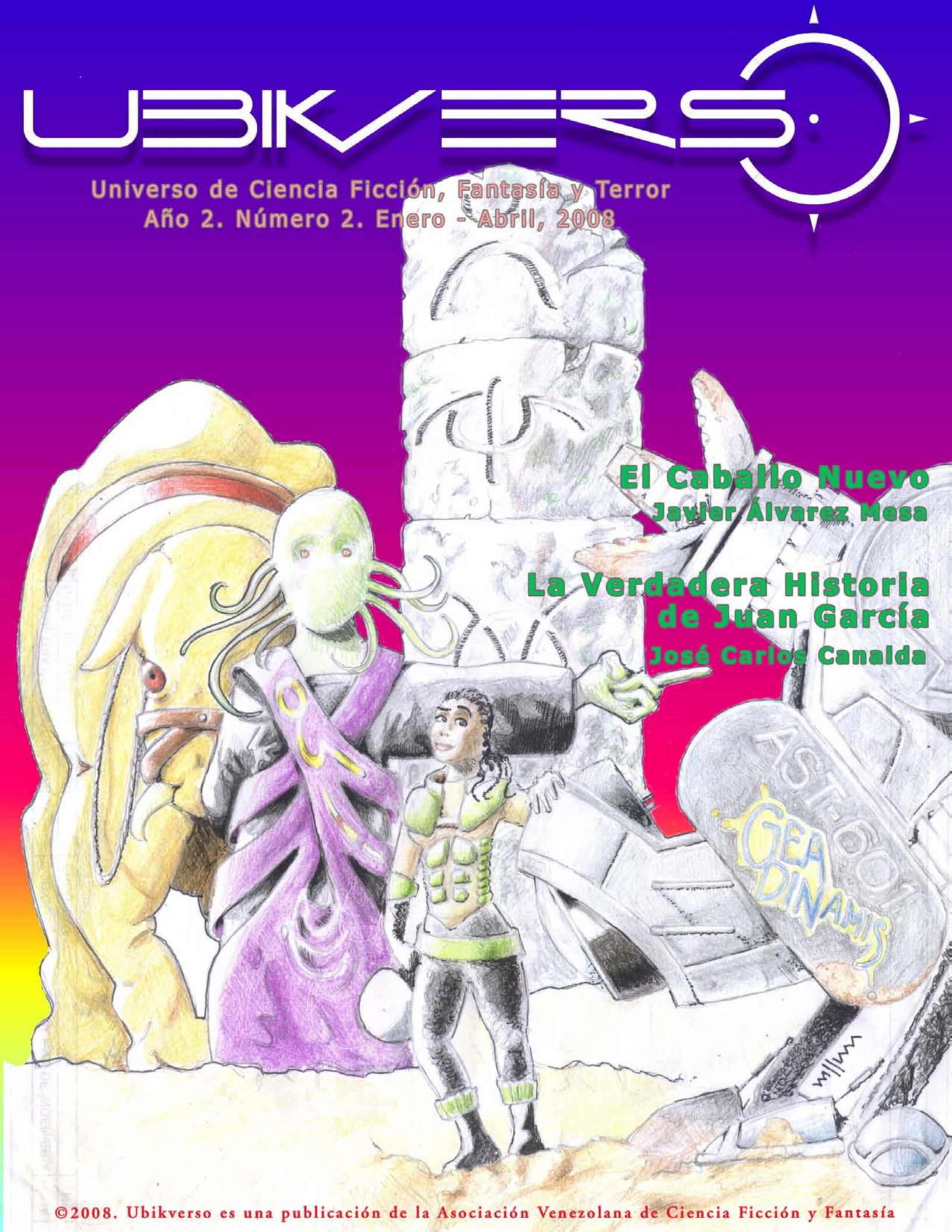
UBIKVERSO

Universo de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror
Año 2. Número 2. Enero - Abril, 2008



El Caballo Nuevo
Javier Álvarez Mesa

La Verdadera Historia de Juan García
José Carlos Canalda

©2008. Ubikverso es una publicación de la Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

Contenido

Editorial

Relatos
El Caballo Nuevo [5]
Javier Álvarez mesa

La Verdadera Historia de Juan García [24]
José Carlos Canalda

Ilustraciones
Yuushishi
William Trabacilo

Portada
William Trabacilo

Ubikverso
Universo de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror
Año 2 Número 2
Enero-Abril 2008

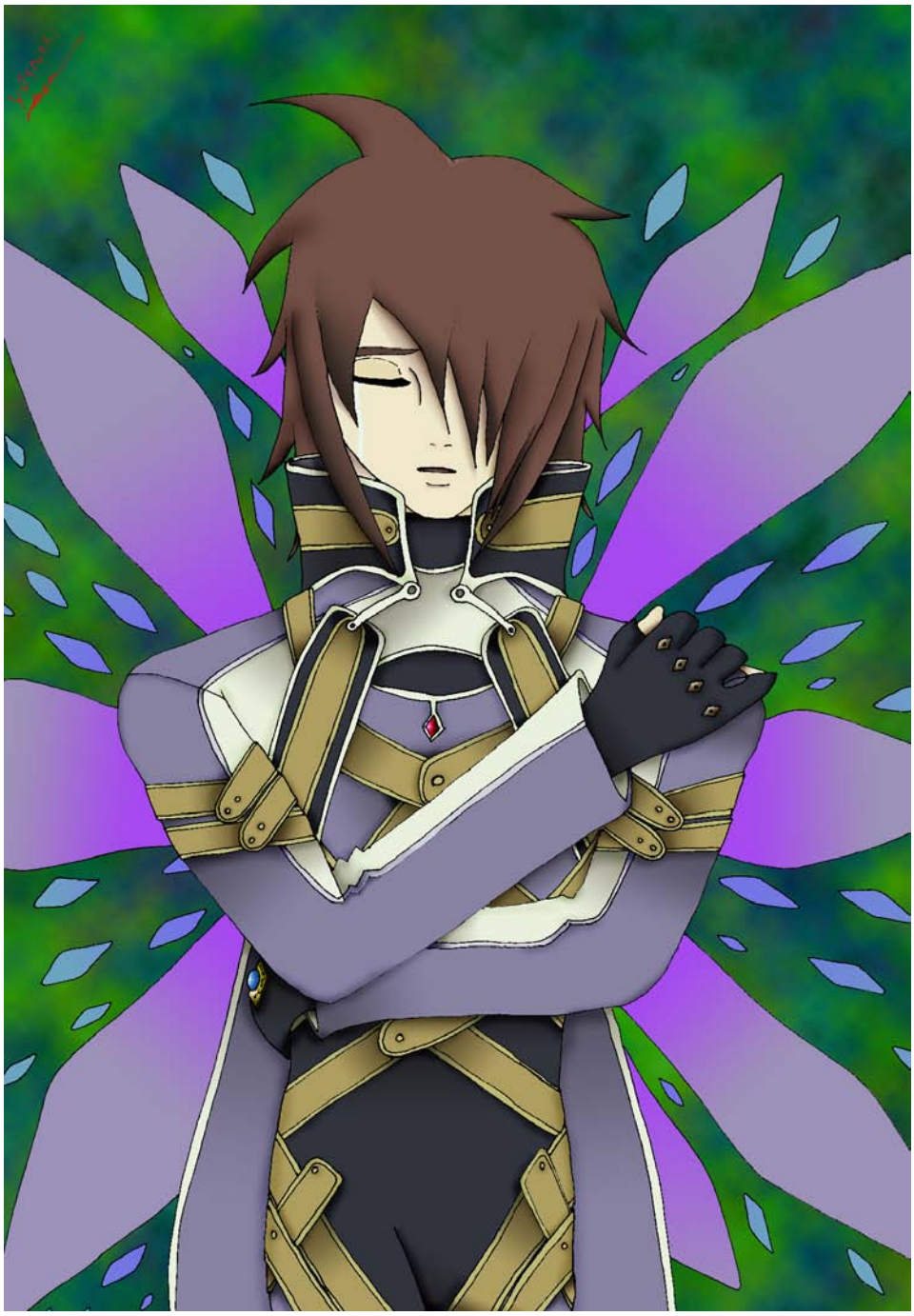
Editor
Jorge De Abreu

Comité Editorial
Alessandro Degl'Innocenti
César Villanueva
Fili Fazzino
Juan Carlos Aguilar
Luis Augusto Peña
Rafael Escalona
Roberto Da Silva
Wilfredo Puignau
Yamil Madi
Yván Ecarri

Logotipo de Ubikverso
William Trabacilo

Todos los relatos e ilustraciones son propiedad de sus respectivos autores. Cada autor ha cedido gentilmente sus derechos únicamente para la publicación en esta edición de Ubikverso.
La distribución de Ubikverso es gratuita y se autoriza su redistribución siempre que sea esta edición íntegra y sin alteraciones.

Ubikverso es una publicación literaria de la Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía.
Abril de 2008.
Todos los derechos reservados.



Yuushishi es venezolana y estudiante de biología en la Universidad Central de Venezuela. Es ávida lectora de Ciencia Ficción y Fantasía, pero lo que más le gusta es el manga y el anime japonés, tanto que no resulta al azar que su ilustración esté relacionada con el mundo gráfico de ese país. En este caso la ilustración está basada en un personaje de un videojuego.

Es tanta su obsesión que a veces pienso en ella como si fuera un personaje de manga.

EDITORIAL

Hace cierto tiempo que no escribo un editorial para Ubikverso. De hecho, son más de tres años y es un eufemismo tratar de ocultarlo en un editorial que empiece diciendo: "Hace cierto tiempo que no escribo un editorial par Ubikverso". Lo cierto es que no sacar el segundo número de Ubikverso primero fue un obstáculo estorboso, después fue una piedrita en el honor y al final un rubor inocultable. Aquí estoy, reincidiendo y con la intención de hacer perdurar en el tiempo esta iniciativa.

Ubikverso fue el primer proyecto de ficción literaria de UBIK – AVCFF en mucho tiempo. Sin embargo, poco después de comenzar a trabajar en Ubikverso decidí resucitar al Necronomicón (una de las antiguas publicaciones de UBIK en papel, del lejano inicio de la década de los noventa), total ese libro jamás será destruido y me parecía un contrasentido que permaneciera bajo el légamo del olvido. Necronomicón volvió como un complemento a Ubikverso; donde uno hacía énfasis en la Ciencia Ficción, el otro se enfocaba en el Terror, y ambos trataban las tres corrientes principales del fantástico: CF, Fantasía y Terror.

En mi mente desquiciada vi como las piezas encajaban todas juntas: Ubikverso para relatos largos (más de 1000 palabras) y Necronomicón para la ficción breve. Sólo que quise hacer de Necronomicón un proyecto más personal y como todo producto íntimo me calentó las orejas y terminé de cabeza trabajando en él (aunque hay personas que aún tienen el desparpajo de señalarme con el dedo y decir que la periodicidad del Necronomicón es inusualmente extravagante y me he permitido cambiar los términos con que se han referido al problema de la periodicidad con el fin de poder terminar está línea con la respiración serena).

Ubikverso en cambio comenzó como un proyecto grupal, me di a la tarea de congregar a todos los ubikuos conocidos en este mundo, y en algunos universos paralelos, y ellos consintieron en conformar el comité editorial de la revista. La idea era tenerlos como árbitros (qué más le pueden pedir a un biólogo que tiene la cabeza cuadrada y el hemisferio izquierdo hipertrofiado), para evaluar en grupos de tres cada relato que fuera enviado a la revista en calidad de colaboración. Así, pensaba yo, tendría las manos y el cerebro libres para otros menesteres; al fin y al cabo, a todos esos muchachones los conocía muy bien de UBIK y eran jurados muy capaces, fogueados en infinidad de concursos literarios y talleres literarios de la benemérita asociación.

Sin embargo, la realidad a veces supera a la fantasía y el trabajo de coordinar al grupo, recibiendo relatos, distribuyéndolos al azar entre los miembros del comité, escribiendo correos, recordando fechas, compaginado evaluaciones y reenviándoselas a los autores,

me llevaba más tiempo que el que me tomaba leerme los cuentos por mi cuenta y tomar las decisiones basadas en mi obsesivo criterio (y la mayoría de los autores de Necronomicón conocen cuan quisquillosos pueden ser mis comentarios... pido disculpas por ello).

Necronomicón era la otra cara de la moneda. Allí todo dependía de mí y aún cuando el tiempo siempre se me ha escurrido entre los dedos, el ritmo de producción del Necro —llamado así en los bajos fondos— era continuo, mientras Ubikverso se quedaba en la estacada.

Al final, editar el segundo número de Ubikverso fue una cuestión de honor. Por eso este es el último número de Ubikverso en el que participa el criterio seleccionador del comité editorial (mil gracias a todos ellos por su tesonera labor de evaluación; además los muy carniceros fueron realmente sanguinarios en los procesos de selección, hasta yo me ruborizaba al leer sus decisiones y cartas de rechazo a los autores), a partir de ahora, a partir del número 3, Ubikverso comienza a funcionar con el mismo sistema del Necronomicón (ya me parece escuchar la voz de Juan Raffo comentando socarronamente las virtudes de ese sistema). A partir de este número yo me pago y me doy el vuelto.

Mi agradecimiento al comité editorial por su encomiable y celosa labor en estos dos primeros números de Ubikverso y especialmente a los autores: Javier Álvarez Mesa y José Carlos Canalda, quienes con paciencia de mártir fueron unos héroes al esperar durante tanto tiempo hasta que el bendito editor resolvió todos sus rollos. Sus dos relatos son excelentes —espero que los disfruten tanto como yo— y con facilidad pudieron haber hallado cabida en cualquiera de las mejores revistas digitales o en papel del género fantástico, pero prefirieron confiar en Ubikverso (hasta se me aguan los ojos al escribir esto) y esperaron como Penélope mientras el Minotauro se extasiaba despachurrándose la cabeza. Confío en que la presente edición de Ubikverso les recompense tal fidelidad, se los agradezco sinceramente.

Por último, no podía faltar mi reconocimiento a William Trabacilo por su portada, significativa desde todo punto de vista y les invito a leer sus comentarios sobre la misma al final de este número. También a Yuushishi que colaboró con la ilustración que decora la entrada y de quien mi esposa me recomendó la mayor de las indulgencias por la difusa razón de que comparte la mitad de mi carga genética... en fin espero no haber sido demasiado ácido con ella.

No me queda más que darles la bienvenida e invitarlos a una lectura que les aseguro será maravillosa. Buen provecho.

Jorge L. De Abreu

EL CABALLO NUEVO

por Javier Álvarez Mesa

Javier Álvarez Mesa ha escrito en diversas revistas y fanzines, también se dedica a otras artes como el cómic, la dirección de cortometrajes de cine, incluso, algo de guitarreo con su grupo de rock duro. Ha publicado relatos en revistas como "El Parnaso" (Teruelada, El mosquetón) y "Solaris" (Un Reflejo por el rabillo del Ojo), e-zines y fanzines como "Menhir" (Las comadrejas. Sofocamos rebeliones por Ud) y "Pulsar" (La especie más fuerte, La hazaña de campoardiente, Acto final), artículos en "Stardust CF" (Yo, Visiones) y "NGC" (¿Por qué publicar un fanzine?) y cómics en "Qliphoth" (El sello, Gilgamesh y Yo, balrog). En la actualidad se gana la vida como profesor de Formación Profesional de Electricidad, puesto que la escritura no le da ni para pipas.

1.

—¡Ahí vienen! ¡Vienen los orcos!

¿Cómo que vienen los orcos? ¿Qué era aquello de que venían los orcos? No había orcos de este lado. No había cruzado las puertas, no había tomado niujors. Era imposible que se hallase allí, entre esa panda de tensos y atemorizados dunedáin. ¿Cómo que vienen los orcos?

—¡Por Gondor!

¿Dónde estaba? Miró a su alrededor. Ruinas y vegetación. Sobre su cabeza nubes negras, cielo oscurecido, cielo negro. Era fácil adivinarlo, estaba en Osgiliath, entre una caterva de imbéciles que iban a morir para mayor gloria de Gondor.

Recordó la primera vez que había tomado niujors. Fue en el piso de unas compañeras de clase. Habían estado un rato estudiando para el examen de álgebra durante Dios sabe cuántas horas, la cabeza estaba a punto de estallarle con tanta matriz y tanto determinante cuando por fin una de las chicas propuso parar y relajarse un rato. Aquello fue hace unos días…, o unos meses, o unos años, según la forma cómo se quisiera medir el tiempo. Una de las chicas, quizá la propia Sonia, la que le hacía tilín, había sacado una bolsita con algo que parecían aspirinas pero que no eran aspirinas.

—Yo no tomo drogas.

—Vamos, Rafael. Tómate una con nosotras. Si esto es como los porros, no hace daño —le dijo una de las chicas. Puede que se llamara Inma. ¿A quién le importa?

—Bueee…, no sé.

Rafael observó cómo Sonia cogía una de las pastillas de la bolsa y se la echaba al gaznate.

—Vamos, tío —dijo Sonia—. Es niujors. No sabes lo que nos ha costado conseguirlo. Esto va a pegar fuerte… Verás qué subidón.

Rafael la observó por un momento. No era capaz de negarse a lo que le pidiera Sonia:

—Venga, vale.

Sonia sacó otra pastilla de la bolsa y se la ofreció a Rafael. Quedaban pocas. Rafael extendió la mano con la palma hacia arriba; Sonia le pasó la pastilla con una leve caricia, rozándole la palma con la punta de los dedos. Después de mirarla por un rato, Rafael lanzó la pastilla al aire y la recogió con la boca. La tragó. Sabor a fresa. Sonia lo miraba sonriéndole. Aquella sonrisa era para él, exclusiva para él. Rafael sintió que una complicidad le unía a Sonia, la complicidad de tomar drogas, la complicidad de delinquir, de ir contra las normas.

De repente empezaron a sonar trompetas y tambores, una melodía se fue abriendo camino entre la jarana. ¿De dónde salía aquel estruendo? La melodía cobró forma, *Saludo al jefe*. Era música de desfile, música de circo y música de *super-bowl*. ¿Qué hacía la gente? ¿Por qué sonreían todos, es que nadie se daba cuenta que había un asesino psicópata en el público que iba a matar al presidente? ¡El presidente, el presidente! ¡Proteged al presidente! Rafael se vio a sí mismo empujando gente, abriéndose paso entre la muchedumbre extasiada, intentando alcanzar al asesino que avanzaba inexorablemente en dirección al presidente, sentado y saludando, ajeno a lo cercano de la muerte. Rafael alcanzó al asesino y lo agarró del hombro. El asesino se giró para enfrentarse a Rafael: Era Sonia. Rafael volvió a estar en el piso, con las chicas.

—Joder, esto pega fuerte.

—Y eso no es nada —dijo Sonia—. Ahora verás.

Sonia se incorporó, había estado sentada junto a Rafael. Sonia alzó los brazos y luego se inclinó a un lado y con un gesto de mano, le mostró las Puertas. En la cabeza de Rafael comenzaron a sonar los primeros compases del *Roadhouse Blues*:

Ladies and gentleman, from Los Angeles, California

The Doors

Keep your eyes on the road, your hands upon the wheel

Keep your eyes on the road, your hands upon the wheel

Yeah, we're goin' to the Roadhouse

Gonna have a real

Good time

Aquello era inaudito, ¿cómo podía dar cabida el pequeño salón a aquellos enormes portalones de cinco metros de alto por tres de ancho? Sin embargo, allí estaban, las Puertas, y no disponía de mucho tiempo. Si quería cruzarlas debía ser ahora.

Yeah, in back of the Roadhouse they got some bungalows

Yeah, in back of the Roadhouse they got some bungalows

And that's for the people

Who like to go down slow

Las chicas rieron, Rafael había derribado la mesa camilla al ponerse en pie. Le daba igual. Corrió hacia las Puertas y las traspasó.

Let it roll, baby, roll
Let it roll, baby, roll
Let it roll, baby, roll
Let it roll, all night long

Cielo azul y campos de flores. Flores multicolores y rasgones de nubes sobre él. Tenue lluvia con un arco iris en la distancia. Pequeños chopos de hojas mecidas por el viento. Ya está, pensó, me he muerto con esta mierda de pastillas… No, no, espera un momento, no hay nada después de la muerte, lo que dicen los curatas es mentira. Además, que esto me suena. A lo lejos, más allá de los chopos, las montañas, y bajo ellas, la ciudad blanca.

He cruzado las Puertas.

Un jinete se acercaba cabalgando hacia él.

He cruzado las Puertas.

Iba demasiado rápido, un caballo no era capaz de correr a tal velocidad. De repente dio marcha atrás. ¡Cabalgaba hacia atrás! Es como en las películas de cine mudo, pensó Rafael.

¿Vendrá ahora Buster Keaton? Otra vez hacia delante, cabalgando a la velocidad del cohete. No era por el caballo, era por el tiempo. Era un desajuste en el tiempo. Rafael observó las hojas de los chopos, no se mecían sino que vibraban.

—¿Qué coño se supone que es esto, el mundo a cámara rápida? Vamos, para ya.

Cuando el jinete se detuvo junto a él, el tiempo fluyó a la velocidad de siempre.

—Yor, bilas bileiör, tensen erregi —dijo el jinete.

—¿Cómo? —frunció el ceño Rafael.

—Grandel posïe linolién. Techasüe.

—No te entiendo, tío. ¿Estás de cachondeo? —preguntó Rafael, pero entonces cayó en la cuenta. Aquel tipo estaba hablando la lengua común, claro; por eso no lo entendía. Aunque a fin de cuentas y bien mirado, ¿por qué no lo iba a entender? Él sabía hablar común, ergo debería entenderlo. Sí, decidió, entenderé la próxima frase que diga, por supuesto. Yo sé hablar la lengua común tan bien como cualquiera.

—Os reclaman en la torre de la guardia, Leafarn —dijo el jinete.

¿Leafarn?

—Pues bien podías… podíais haber traído un caballo para mí.

—Perdonad, pero el vuestro está ahí mismo, pastando tras vos.

Rafael (o Leafarn) se giró. Su caballo dejó de pastar y lo miró; luego dio un relincho y siguió pastando. Antes no estaba ahí, pensó Rafael, pero no dijo nada al jinete. Caminó hasta su caballo y lo agarró de las bridas para saltar dificultosamente sobre éste. Ea, ya está, se dijo, me he subido al caballo. No ha sido tan difícil. Pensé que no lo había hecho nunca antes, pero parece que la memoria me falla. Sí, decididamente creo que llevo toda la vida montando a caballo, ¿a qué esos pensamientos tan extraños?

El capitán Revhal Same era un hombre justo, pero distaba mucho de ser un ciego defensor de la ley y el orden; un hombre de honor, como él los llamaba. Revhal hacía las cosas a su manera, y estaba convencido de que su manera era la correcta, por muy puñeteros que se pusieran sus superiores. El honor para los cabezas cuadradas, solía decir. Algunos lo tachaban de extravagante y murmuraban a sus espaldas que se le había concedido una capitanía a un chiflado, no había más que escucharlo hablar tres frases seguidas para darse cuenta que estaba fuera de sus cabales. Debería ser internado en un manicomio o apresado por sus “malas artes”. El capitán Revhal no era ningún modelo de comportamiento, pero como él mismo decía, dejad que los cortesanos y las mariquitas chismorreen, que ya veréis como se esconden bajo las faldas de sus mamis y nos dejan tranquilos cuando empiece lo bueno.

Una vez, un cortesano que había bebido más de la cuenta, quiso alardear de dialéctica delante de sus conocidos y la emprendió a indirectas con el capitán Revhal. El capitán le agarró de las partes y le dijo "Perdonad maese, que no responda a vuestro duelo verbal pues no me cuento entre los espadachines de la lengua. Sin embargo, si me seguís importunando, haré gala de la fama que me atribuís y os arrancaré los cojones de cuajo. ¿Habéis comprendido? Responded sin palabras". El cortesano asintió con un movimiento de cabeza y Revhal soltó su presa. "Bien, pues ahora marchaos y que no os vuelva a ver". El cortesano pasó las dos semanas siguientes encerrado en su casa, tras las cuales lo vieron partir de la ciudad de regreso a las tierras familiares.

—Pasa, Leafarn. Siéntate —dijo Revhal.

—Mi señor —dijo Rafael, adoptando una actitud sumisa y respetuosa, propia de un militar de grado inferior.

Revhal lo sometió a un breve escrutinio y luego pasó a hablarle en forma directa del tema que le preocupaba.

—¿Qué te parece el tal Vichelor? Llega del sur, le lame el culo a Denethor y se pone a mandar como si llevara en Minas Tirith toda la vida de Iluvatar. Un tipo de pasado oscuro y sospechoso…, al menos para mí. El muy canalla —continuó su perorata Revhal—, con esos aires de superioridad. Como si no echase por los cuartos traseros lo mismo que su caballo. Está muy equivocado si se cree que no sé lo que trama; vaya que sí, vaya que sí que lo está… ¿Y el regalito, eh? ¿Y el regalito?

—¿Qué regalito?

—El muy bribón. Se cree que no lo sé, pero yo también tengo mis pajaritos que me cuentan cositas —quedó mirando una tela de araña por un momento, abstraído en sus pensamientos—. Es un palantir, Leafarn, un maldito palantir que nada bueno nos va a traer. Le ha colado un palantir y Denethor se lo va a comer con papas.

—¿Mi señor?

—¿No lo ves, idiota? Si está más claro que el Nimrodel. Ese Vichelor es un espía del Enemigo. A ver de dónde ha sacado el palantir si no… Pues del Enemigo, claro está.

—No deberíais hacer tales acusaciones a la ligera, mi señor.

—Si yo no acuso a nadie. No va a hacer falta acusar a nadie de nada porque tú te lo vas a cargar; te vas a cargar a ese maldito espía.

—¿Cómo?

—Eso es lo que vas a hacer. Te vas a colar en su palacete y te lo vas a cargar. Y no discutas, Vichelor envenena los oídos del Senescal. Prudencia, cautela, le dice. ¡Cobardía!, eso es lo que

en verdad le pide al señor de Gondor. Cruzarse de brazos mientras el enemigo acumula tropas en Minas Morgul. ¡Delante de nuestras narices!

—¿Qué opina el capitán Faramir?

—El capitán Faramir es un gran hombre, pero es un hombre de honor. Mira, Leafarn, la justicia es dar a cada cual lo que se merece, no eso de que si un juicio justo ante los Valar y que si pruebas que si tal. A cada cuál lo que se merece y Vichelor se merece la muerte, por traidor y por espía. Faramir no lo entendería.

—¿Y Boromir?

—Boromir es clavado a Denethor, pero más… más tonto. Esto lo tenemos que arreglar nosotros, como siempre. Mucha sangre del Oeste y mucho Númenor pero llega el primer pringado de Umbar y se lo camela. Un mestizo campesino gobernaría mejor el reino.

—Mi señor, eso que decís suena a traición.

—Pues sí, pero es la pura verdad.

—¿No sería mejor investigar y reunir pruebas contra Vichelor? Demostremos que es un maldito corsario y…

—¿Y darle tiempo a venir por nosotros? No, no.

»Venga, largo. Cumple la misión que te he encomendado.

El palacete de Vichelor se hallaba en el cuarto círculo de la ciudad. Era un palacete muy lujoso de tres pisos que pertenecía al príncipe Imrahil, el cuál se lo había cedido en calidad de invitado a Vichelor.

—Vichelor se camela a esos estúpidos y presuntuosos príncipes como quiere —había comentado Revhal—. Al parecer lo conoció al presentarse de improviso en los dominios del príncipe, anunciándose como un gran señor del sur. Un corsario de Umbar, eso es lo que es.

Rafael escaló el muro trasero y se coló por una ventana del tercer piso. La habitación estaba vacía, excepto por Sonia.

—¿Qué haces en el lavabo de chicas? Eres un despistado. Venga, que vamos a llegar tarde a clase.

—¿Clase?

—Sí, venga. Hoy toca repaso de los temas para el examen. ¿Qué te pasa, el niujors te ha dejado subnormal?

—¿Dónde está Vichelor?

—¿Ése quién es? Venga, tonto —le cogió de la mano—, que vamos a llegar tarde.

Sonia me ha cogido de la mano, pensó Rafael. Y no me suelta. ¿Pasaría algo anoche? Espero que sí.

Entraron en el aula 105, recinto universitario Rabanales. La profesora ya había empezado, estaba explicando un problema de multiplicación de matrices. Se sentaron al fondo. ¿Cómo se llama?, pensó Rafael, refiriéndose a la profesora. ¿Julia o Laura? Algo así, no lo recuerdo. No recuerdo ni siquiera que fuera profesora en vez de profesor. ¿Y qué es eso de multiplicar matrices? ¿Qué es una matriz? Buscó en el cajón desastre de su mente y halló la respuesta. Ahora lo recuerdo todo, las matrices y el examen; pero no el nombre de la profe.

Tengo que volver a tomarlo, tengo que hacerlo, se dijo pensando en el niujors. Acercó sus labios al oído de Sonia y le susurró:

—Tenemos que volver a probar el niujors ese.

—Sí, es genial. Buen rollo. Nos lo acabamos todo; el jueves compraremos más.

—No —la agarró del brazo por debajo de la estrecha estructura de pupitres. Al ver su reacción la soltó y suavizó sus maneras—. Quiero decir…, si quieres yo puedo comprar hoy una de esas bolsas. Os invito.

Tras mudo pensar Sonia le contestó:

—Vale. Niujors gratis es niujors gratis.

2.

—Vamos a mi cuarto —dijo Sonia.

Hacia media hora que se habían tomado el niujors. Todos sentados a la mesa, riéndose de las estupideces que contaban.

—¿A tu cuarto a qué? —preguntó.

—No seas tonto —se rió ella.

Estuvo a punto de decírselo: Es que yo no quiero ir a tu cuarto, quiero volver a las Puertas, al campo de flores y más allá. Sonia le cogió de la mano a la par que le acariciaba el brazo, tiró de él. No se resistió, abandonó la comodidad del sofá y siguió mansamente a Sonia.

Dentro del cuarto ella lo dejó por un instante para encender el equipo de música. Buen equipo, pensó Rafael. Sonó la melodía de *In Dreams*, de Roy Orbison.

—Es un cedé de la banda sonora de *Terciopelo azul* —explicó Sonia—. Me ha costado, pero al fin conseguí encontrar a alguien que la tenía. Me chifla esa peli, es genial.

—Es muy buena.

—Sí… Me encanta la escena en que aparece la Rossellini desnuda en casa de la novia de él diciendo eso de "tengo su semen dentro de mí".

—Ah.

Se miraron. Se observaron. Era como descubrir una persona nueva. Rafael nunca había tenido ocasión de estudiar a Sonia con la mirada tan descaradamente. Llevaba el pelo largo y liso, pero con el flequillo recortado a la altura de los ojos. Gafas sicodélicas tras la que se ocultaban sus rasgados ojos castaños. Nariz pequeña, a medias respingona a medias regordeta. Color en las mejillas. Tierna sonrisa. Labio inferior rosado que sobresalía en la horizontal. Cuando Sonia le cogió la mano de nuevo se dio cuenta de que la amaba. Ella lo empujó, haciéndole caer sobre la cama. ¿Me ama ella?, pensó. ¿Es sólo deseo sexual lo que se refleja en sus ojos? Ella se arrodilló y comenzó a desabrocharle el cinturón. Le embargó una tristeza profunda, la tristeza de la duda del amor de ella. ¿Y si ella no le amaba? Él deseaba ternura y cariño, el afecto y el amor de un alma gemela. ¿Y si ella sólo veía en él un pene del cual obtener placer? ¿Eran esas sus intenciones? Decidió disfrutar del momento y dejar para más tarde la tortura mental de sus dudas sobre hallarse o no correspondido en su amor hacia Sonia.

I close my eyes

Then I drift away

Into the magic night

I softly sway

Oh smile and pray

Like dreamers do

Then I fall asleep

To dream my dreams of you

In dreams...I walk with you

In dreams...I talk to you

In dreams...Your mine

All of the time

We're together

In dreams...In dreams

Estaban los dos desnudos y Sonia lo cabalgaba cuando se abrió la puerta de la habitación y entró Vichelor.

—Celebro que la dama Ainosya os convenciera de uniros a nuestra causa —dijo Vichelor.

—Yo no he dicho tal cosa —repuso Rafael.

—Pero habéis preferido no cumplir la misión que el capitán Revhal os encomendó. Tendremos que hacer algo con el capitán, su visión radical de las cuestiones de gobierno me produce escalofríos. Vestíos, señor. He de mostraros algo.

Rafael se vistió. Ainosya se cubrió con las sábanas y los acompañó. Descendieron por unas estrechas escaleras hasta los sótanos del palacete. Vichelor encendió unas lámparas aunque Rafael no le vio utilizar herramienta alguna. Aquello era una enorme biblioteca en la cual imperaba el desorden. Libros y más libros tirados por los suelos, absorbiendo humedad, pudriéndose en las esquinas y amontonados sin orden delante de estanterías medio vacías. Vichelor los guió ante una mesa sobre la que estaba repartida la más extraña colección de llaves, extrañamente ordenadas con pulcritud, de mayor a menor tamaño desde la posición de Rafael.

—Éstas son las llaves de los Portales —explicó Vichelor—. A ellos he dedicado mi vida; la mitad para reunir estas llaves y la otra mitad para localizar su ubicación.

—¿La ubicación de qué?

—De los Portales.

—¿Los Portales?

—Sí, los Portales, sí. Dejad de interrumpirme. En Minas Tirith hallé la última pista y al fin

sé dónde se hallan.

—¿Dónde?

—Acompañaréis a Ainosya a su ubicación. Os he escogido para tal propósito. Vos sois el hombre adecuado.

—¿Y por qué creéis que voy a aceptar? Yo sólo sirvo a Gondor.

—¿Desde cuando, Rafael? Sí, me habéis oído bien. He dicho Rafael; no Leafarn, sino Rafael. Quizá el verdadero Leafarn sirva a Gondor, pero vos no sois Leafarn, no sois ningún dunadán, sino un vulgar… un vulgar hombre.

—No tan vulgar —intervino Ainosya.

—Sí, es cierto —reconoció Vichelor—. No tan vulgar. Ya habéis cruzado los Portales por dos veces sin atravesarlos realmente; pero el hecho es que aquí estáis. No sé cómo lo habéis conseguido, pero es eso lo que os hace el hombre indicado. Queda el problema del verdadero Leafarn, pero bueno… El hecho es que aquí estáis. Vos, no él.

—No tiene ningún misterio el cómo he llegado hasta aquí. Está claro que es cosa del niujors —dijo Rafael.

Ainosya puso cara de decepción.

—Con que el niujors —dijo Vichelor, dejando la frase en el aire, sin desear confesar completamente su ignorancia respecto a qué era aquello del niujors.

—Sí, el niujors. Son pastillas —explicó Rafael—. El niujors es una droga.

—¡Ah! Alquimia—exclamó Vichelor, y volviéndose a Ainosya se burló de ella: —. ¿Lo veis?... El sexo abre la mente, el sexo abre la mente, ta ta ta, ta ta ta… Bobadas. Alquimia; esa era la respuesta.

—Así es como ha llegado —replicó Ainosya—, ¿o no recuerdas cómo nos has encontrado?

—Casualidades —alegó Vichelor—. Ainosya creyó que os invocaría con su ritual sexual —le aclaró a Rafael—. Por un momento temí que traspasarais las Puertas en forma tan grotesca y vulgar, mas ya veo que fue gracias a los maestros alquimistas de vuestro mundo. Ah, desgracia que no nos sirva la alquimia para nuestro propósito. Sólo hay una forma: las llaves y los Portales.

—No entiendo muy bien de qué diablos habláis, pero de todas formas no habéis respondido a mi pregunta: ¿Por qué creéis que voy a aceptar?

—Pedid. Os ofrezco lo que deseéis.

—Hmm… Buena respuesta. Una oferta tentadora, si en verdad podéis cumplir. —Rafael se llevó la mano a la barbilla, en actitud pensativa. Al fin dijo: —Bien, en primer lugar; la quiero a ella. En segundo; Gondor.

—Vaya, me pedís nada menos que el reino de Gondor… y yo os lo concedo. Es poco precio por lo que vais a conseguir si cumplís vuestra misión. Si lográis llevar a buen término la empresa que os voy a proponer, ya creo que podréis gobernar Gondor. Trato hecho.

—Reina de Gondor —pensó en voz alta Ainosya.

3.

—Oye, ¿por qué no echamos un rol esta tarde? —preguntó Juan Luis.

—No, no puedo —respondió Rafael—. Esta tarde he quedado con Sonia y las chicas en el piso.

—¿Puedo ir yo?

—Sí, si te gastas treinta euros en niujors.

—¿Qué? Yo no tomo drogas.

—Eso decía yo…

—Estás muy raro, tío. Hay ratos en que parece como… como que no estás.

—Sí, me suele pasar.

—Deberías dejar de tomar el niujors ese. Venga, vente esta tarde y echamos un rol. Como en los viejos tiempos.

—No seas pesado, te he dicho que ya he quedado.

Aquella tarde las Puertas se abrirían casi en el mismo instante de tomar la pastilla de niujors. Vichelor le esperaba impaciente del otro lado.

—Ah, por fin habéis llegado —dijo Vichelor—. Pensé que te habrías pensado de nuevo el trato. Abridle —ordenó a sus hombres: Rafael estaba encerrado en una musgosa celda—. No sabes lo pesado que se puso Leafarn, la compenetración no es tanta como creía.

—¿Cómo?

—Leafarn, hombre. Aquel con el que compartís cuerpo.

—¿Entonces no…?

— Creo que ya hablamos de ello. ¿Qué os imaginabais, que os materializabais de la nada? Por eso es por lo que no nos sirve vuestra forma de cruzar las Puertas para nuestra empresa. Es una forma extraña aquella en la que sois y no sois el mismo a una vez. Ah, pero yo os distingo, os distingo muy bien. Leafarn y Rafael, dos personas de mundos distintos, dos personas en una. Las capas de la existencia os difuminan y confunden, pero yo aún distingo vuestro ser. Todavía no os habéis fundido del todo.

Rafael no entendió muy bien a qué se refería, pero aquello de fundirse con otra persona y dejar de ser él mismo lo aterrorizaba. Quizá debería dejar de tomar niujors, tal como Juan Luis le había pedido. De repente, un pensamiento acudió a él, clavándose como una lanza en el centro de su conciencia.

—El niujors —reflexionó— provoca un intercambio de mentes… o algo así. Sí, eso debe ser. Pero entonces, ¿Leafarn ocupa mi cuerpo?

—Vos sabréis. Vos sois el que toma la medicina de los alquimistas, no yo.

—Pero él, Leafarn, no toma niujors… Igual se queda en el limbo y mi cuerpo se convierte en una máquina o algo así. Una máquina sin alma.

—Sí, sí, tal vez —dijo nervioso Vichelor. No quería que Rafael le diera tantas vueltas al asunto como para abandonar la misión—. Dejad de discurrir acerca de vuestro particular cruce de las Puertas y venid conmigo. El hecho es que estáis aquí y debemos cumplir con nuestro cometido. Os contaré algo: ¿A que no os imagináis dónde están los Portales? Pues resulta que están muy cerca, muy cerca. Los Portales se hallan en el Bosque del Druadán. En dicho bosque se encuentran unas ruinas de una arcana ciudad: Yan-Fan, las llaman los woses, pero el verdadero nombre de la ciudad es Seiva-Ôj. ¿Y a que no imagináis qué otra extinta ciudad fortaleza se esconde bajo ella?

—Pues no.

—La mítica Angband.

—¿Angmar? Pero si eso está en el norte.

—Angmar no. Angband.

—Ah, Angband. ¿No se destruyó en el cataclismo?

—Algo perduró y quedó sellado en las entrañas del mundo. Angband guarda en su vientre los Portales.

En el patio, la guardia armada de Vichelor los esperaba. Se trataba de una compañía de elfos oscuros, elfos del sur y del este, más tolerantes hacia otros pueblos que sus hermanos del norte y el oeste. Estos en concreto eran tan tolerantes, que tomaban a Vichelor por un hombre de bien. Veían a Gondor como un imperio opresor y habían decidido ayudar a Vichelor a combatirlo, pues éste no admitió ante ellos servir a Mordor. Para los elfos oscuros lo mismo daba Mordor que Gondor, un opresor tratando de sustituir a otro, así lo veían ellos; sin embargo Vichelor era un hombre del sur. El Sur existe. Eran un total de ochenta elfos; tontos románticos. Junto a ellos dos decenas de hombres vestidos con malla larga aguardaban. Al cinto llevaban espadas anchas y eran asombrosamente altos, tanto como los elfos. Numenoreanos negros, sin duda, se dijo Rafael. No hay más que verlos. Tanto hombres como elfos empuñaban las bridas de sus caballos. Algunos de los hombres se acercaron, entregando los correajes de otros tantos caballos a Vichelor, Ainosya y el propio Rafael.

—Todo está dispuesto —dijo Vichelor—. Debemos darnos prisa. ¡En marcha!

Ainosya cabalgaba junto a Rafael.

—No entiendo cómo Vichelor distingue entre vosotros dos —dijo Ainosya.

—Pues anda que yo —contestó Rafael.

—Dicen que recurre a la magia. Sus hombres cuentan que aprendió del propio nigromante. Esperemos que los elfos no se convenzan de ello.

—Quedan pocos magos en esta tierra.

—¿De verdad creéis que nos entregará Gondor?

—*Me* entregará… Más le vale que cumpla su palabra. Estoy harto del álgebra y los videojuegos.

»Yo sería un estupendo rey.

—Y yo vuestra reina.

¿Me amarás? ¿Me amarás como quisiera que me amase Sonia? No eres Sonia pero te pareces mucho a ella, pensó Rafael.

El caballo de Ainosya se fue transformando en un sofá. La tristeza comenzó a invadir a Rafael. Quizá estaba llegando el momento de averiguar la verdad respecto a Sonia.

—Espabila, tío —dijo Sonia—. ¿Todavía estás con tu rollo?

—Voy a ser rey de Gondor.

—Sí, ya. Lo que tú digas.

—Me da un susto verlo así… —dijo Inma.

Sonia y las chicas mantenían la vista fija sobre él.

—Hoy estás muy sensible —le dijo Sonia—. Debe ser por lo de la profesora de álgebra.

Igual porque no me amas, pensó Rafael.

—Tengo que preguntarte al… ¿Qué le ha pasado a la de álgebra?

—¿No te has enterado? Se la han cargado en su despacho —dijo una de las chicas. No recordaba su nombre. Sonia y las demás asintieron.

—Deben haber sido los de la ETA —dijo Sonia—. Era una facha que te cagas.

—Ay, nena. Los de la ETA —dijo Inma.

4.

—Mira, ¿ves? —le dijo el profesor de física—. Aquí; en éste te has equivocado. Y el tercero… El tercer problema ni lo has intentado hacer.

—Sí, ya, pero… —dijo Rafael.

—Ya ves, para mí un tres es hasta demasiada nota. A ver si para la recuperación estudias más.

—Yo creo que lo tengo para más de un tres.

—Sí, bien… Ahora si me disculpas, tengo que darles clase a tus compañeros. ¿Me acompañas? —La revisión del examen había finalizado. No le iba a subir la nota.

Rafael acompañó al profesor de física al aula y, una vez allí, se sentó en la última fila y se tomó un niujors.

Los elfos oscuros excavaban. Un trabajo de enanos. Como no había enanos, excavaban los elfos. Rafael se encontraba encadenado. Los elfos ni se dignaron en hablarle, bastante tenían con el trabajo de enanos. Al poco apareció Vichelor.

—Hm… Parece que nuestro amigo ya se va a portar bien. Soltadlo.

»Bienvenido. Nos encontramos bajo Yan-Fan y tras esas rocas se encuentran las ruinas de

Angband.

Al fin los elfos acabaron la obra, apartando tierra y piedra, encontraron un pasillo. La piedra era negra. Caminaron por el pasillo, desconfiando de lo que pudieran encontrarse a cada recodo. Pasillo y más pasillo, túnel de piedra negra cuyas paredes rezumaban brujería maligna. Tras horas de caminar vislumbraron un resplandor. Llegaron a la orilla de un lago subterráneo sobre el que se elevaba un puente de piedra. Se trataba de una enorme caverna de varios kilómetros de diámetro. En el otro extremo del puente un gran arco abría paso a la oscuridad. Uno de los elfos siseó. Rafael no podía creerlo, había algo que fallaba, ¿en verdad había escuchado "Menzoberranzan" entre las palabras tristes del elfo?

—¡Los Portales de la Percepción están cerca! —dijo Vichelor—. Vamos.

Cuando se hallaban a mitad del puente se oyó un rugido.

—¿Qué pasa? —preguntó Rafael.

—Vosotros, posición de ataque —ordenó Vichelor.

De repente, todo el lago se iluminó con un resplandor rojo.

—¡Es un dragón! —gritó uno de los elfos.

—No, no es un dragón —dijo alguien tras ellos. Era el capitán Revhal; los había seguido en la oscuridad.

—Ay, ay —gimió uno de los hombres.

—Tranquilos, estará de nuestra parte —intentó calmarlos Vichelor.

—¿Puedes asegurarlo? —preguntó Revhal, acercándose hasta donde se hallaban Rafael y Vichelor.

La figura ardiente del balrog apareció bajo el arco.

—¡Mantened las posiciones! —gritó Vichelor.

Los hombres fueron los primeros en romper filas y huir atropelladamente. Más de la mitad de los elfos siguieron su ejemplo.

El balrog saltó, agitando las alas y elevándose sobre ellos. Cayó sobre un grupo de elfos que huían despavoridos, abrasando a dos de ellos con su fuego y troceando a otro con su látigo de nueve colas. Rafael observaba la escena paralizado.

—¡Por Luthien y Beren! —Alguien estaba tan loco como para hacerle frente al balrog. Era

Revhal, quién si no. Portaba una espada en cada mano y una runa brillaba en su pecho con la luz de viejos árboles, hace tiempo asesinados por Ungoliant.

El enorme espadón del balrog descendió sobre la cabeza de Revhal, pero éste paró el golpe cruzando sus espadas.

—¡Eärendil!

El balrog alzó el brazo del látigo pero Revhal fue más rápido, saltó y lanzó un tajo a la roca y fuego del brazo del monstruo. El látigo escapó a la gigantesca mano.

Del balrog surgió una onda de fuego que lanzó a Revhal cinco metros hacia atrás sobre el puente. Los cabellos de hombres y elfos que aun quedaban en torno a la lucha ardieron. El propio puente, pese a ser de piedra, comenzó a arder.

—¡Ah, Elbereth Githoniel!... ¡Tu puta madre! —rugió Revhal y sus dos espadas volaron hacia la cabeza del balrog. Una rebotó y la otra se le clavó en el ojo. Revhal empuñó una maza que llevaba colgada al cinto y saltó sobre el demonio, arrollándolo con la luz de su runa. Sintió como le ardía la piel. Se hubiera consumido en el fuego de no ser porque en el impulso de su salto los dos cayeron al agua del lago. Revhal golpeaba la cabeza del monstruo con su maza una y otra vez mientras sentía que los pulmones le iban a explotar. Así los vieron hundirse en las aguas, mientras la llama del balrog se apagaba lentamente.

Sobre el puente quedaban Vichelor, Ainosya, Rafael y dos de los elfos, amén de quince cadáveres. Hacía ya rato que no se vislumbraba nada del fuego del balrog bajo el agua cuando al fin Vichelor habló, pidiendo que se pusieran en camino hacia el final del puente. Así llegaron a la sala, una enorme caverna en cuyo centro se encontraban decenas de puertas. Un montón de puertas sin funcionalidad, pensó Rafael, pues no separan la sala de habitación alguna. Puertas totalmente diferentes entre sí: Unas eran de madera y otras de bronce, unas eran enormes y otras pequeñas, unas eran dobles y otras simples. Vichelor se dirigió hacia una y comenzó a probar las llaves hasta que dio con la suya. La abrió y contemplaron a través de ésta un paisaje completamente diferente del de la caverna en la cual se hallaban. Rafael dio la vuelta al marco de la puerta, pero desde el otro lado sólo contemplaba a Vichelor y la caverna.

—Sólo se puede cruzar desde el lado que se abre con la llave —dijo en voz alta su deducción.

—Eso parece —dijo Vichelor—. Si la cruzamos desde este lado, nos hallaremos en la playa que contemplamos; pero si cruzamos desde aquel, seguiremos estando en la caverna.

»De todas formas no es ésta la que buscamos.

—¿Y cuál buscamos?

—Cuando la encontremos lo sabrás.

—Dejadme probar —Rafael arrebató las llaves a Vichelor y corrió a probarlas en una puerta simple de metal. Cuando al fin dio con la llave, en su apresuramiento empujó la puerta y se coló tras ella al otro lado.

Rafael no lo entendía, un pez nadaba frente a él. Abrió la boca y tragó agua salada. ¿Qué demonios?, pensó. Fue Revhal el que se hundió con el balrog, no yo. Pero ésta era agua salada, ergo no estaba en el fondo del lago, pues los lagos son de agua dulce. ¿No es eso? Estaba en el fondo del mar; el mar de un mundo extraño, distante y cercano a la par, pues había visto un pez. ¿Un arenque quizá? Se giró buceando y se dirigió hacia la puerta que permanecía abierta.

Rafael cayó de rodillas ante Ainosya, empapado.

—Menudo susto nos has dado —corrió a abrazarle Ainosya.

Ainosya me ama, pensó Rafael. ¿Me amará también Sonia? Ojalá fuera Sonia.

5.

—Espera, no abras ninguno más. Es éste. Lo he encontrado —dijo Vichelor—. Éste es el Portal.

Vichelor se hallaba parado ante unas dobles puertas de bronce y plata, labradas con extraños dibujos. Llevaban cerca de tres horas probando puertas.

—¿Estás seguro? —preguntó Rafael.

—Sí, sí. Corre, ven. Trae las llaves.

—Veo que llego a tiempo —Revhal entró en la sala.

—¡Tú! —exclamó Vichelor—. Estás vivo.

—Sí, bueno. Yo lo he matado, él se ha comido mi mano: Creo que gano yo —A Revhal le faltaba la mano derecha—. Menos mal que soy zurdo —añadió empuñando su maza.

—¡Rápido, abre el Portal! —le dijo Vichelor a Rafael—. ¡Yo lo entretendré!

—¡No, idiota! —gritó Revhal. Se lanzó hacia Rafael pero Vichelor y los dos elfos supervivientes se interpusieron en su camino.

Rafael abrió el Portal justo en el momento en que la maza de Revhal hacía explotar un

cráneo élfico. Rafael entró. Una profunda oscuridad le rodeaba. No, no era oscuridad. Era vacío. No podía respirar, estaba en el vacío, no podía… ¡nada! No tenía manos ni cuerpo. No podía respirar. No existía. ¿Cómo iba a respirar si no existía? Sólo existía la puerta, una puerta en mitad de la nada. Y estaba abierta.

Debía regresar.

—¡Maldito imbécil! —el grito sonaba lejano. Pertenecía a alguien que existía. Existía y luchaba; tratando de reparar su error, el error de Rafael.

Alguien estaba junto a él. Era ilógico puesto que no existía y estaba en el vacío, pero había alguien junto a él. Alguien que también quería alcanzar la puerta; pero aunque no existiera él estaba más cerca. Así que podría salir y cerrar la puerta antes de que el otro alguien llegara a la puerta. Sí, eso sería lo que haría. ¿Ves? Ya estaba fuera. Estaba fuera e iba a cerrar la dichosa puerta, el Portal.

—¡No la cierres! —chilló Vichelor desesperado. Revhal era demasiado enemigo para él, aun manco iba a derrotarle.

—¡Ciérrala, gilipollas! —gritó Revhal.

Rafael cerró el Portal. Doscientas mil garras le liberaron el corazón. No había descubierto hasta entonces lo aterrorizado que había estado.

Revhal estrelló la maza sobre la cabeza de Vichelor, como tantas otras veces hizo con otros tantos enemigos, destrozándole el cráneo. Un pedacito de seso fue a caer sobre la rodilla de Rafael. Éste la miró y luego le dijo a Revhal:

—Creo que me voy a quedar sin ser rey de Gondor.

6.

Era por la tarde y tocaba prácticas. Se cruzó con Juan Luis en el pasillo.

—Joder, tío. No te lo vas a creer. Se han cargado al de física.

—¿Cómo?

—Dicen que han sido los de la ETA. Ven, ya se han llevado el cuerpo pero todavía hay polis en el despacho.

Fueron al despacho. En la puerta rezaba “José Antonio Vilches Lozano, profesor adjunto del Departamento de Física”. Un policía de uniforme se hallaba ante la puerta del despacho,

manteniéndola cerrada al paso de curiosos.

—Jo, tío. ¿Cómo habrá sido? —preguntó Juan Luis al aire.

—Dicen que le han abierto la cabeza con una llave inglesa —dijo un chaval.

—No, ha sido con un gato del coche. Directo al cráneo. ¡Zaaas! —dijo otro.

—Pues a mí lo que me ha contado uno que estuvo aquí cuando retiraron el cadáver es que le habían sacado las tripas —anunció un tercero—. Me ha dicho que dentro está todo lleno de sangre. A ver si abren la puerta que veamos, a ver.

—Me parece que voy a pasar de las prácticas —dijo Rafael.

—¿Nos vamos a algún bareto? —preguntó Juan Luis.

—Vamos.

Estaban cruzando un semáforo cuando Juan Luis empezó a gritar aquello de "¡que vienen los orcos!". Pero no era Juan Luis. Era un soldado envuelto en cuero endurecido. Estaban encerrados entre las ruinas de Osgiliath. Los hombres intentaron hacer una salida y huir ordenadamente hacia Minas Tirith. No lo consiguieron y por eso ahora sólo quedaban él y ese tal Jonaluir.

—¡Por los valar! Estamos rodeados —dijo Jonaluir. Era bastante obvio que estaban rodeados.

Los orcos se acercaban lentamente. Rafael alzó la espada apuntando a uno de ellos:

—Me llevaré a unos cuantos de vosotros conmigo.

—Baja el arma, chico —dijo el orco, usando la lengua común. Una docena de ballestas le apuntaban—. Baja el arma, chico. Sabemos lo que hiciste. Mataste a Vichelor. No tienes porque hacer ninguna tontería. Baja el arma.

—No fui yo. Fue Revhal… Me prometió ser rey…

—Baja el arma. Te llevaremos a Mordor. Estarás bien.

—Moriremos juntos. ¡Por Gondor! —Rafael abrazó a Jonaluir.

—¡Suéltame! —chilló Jonaluir.

Los orcos los observaban, expectantes. Parapetados tras sus carros.

—Suelta el arma, chico. Venga, ven con nosotros. Te llevaremos a Mordor.

—Jamás seré un esclavo.

—Ya acabó todo. Calma, calma. Te llevaremos a Mordor.

—Pude haber sido rey.

—Sabemos que no quieres hacerlo. Suelta el arma y ven conmigo. Ven, te llevaremos a Mordor.

—¡*Nunca*! —Rafael se lanzó espada en alto contra el enemigo. Los pivotes volaron de las ballestas.

—¡Aaaah! —gritó Jonaluir, cayendo de rodillas. Un pivote le había alcanzado en un brazo. Dos orcos se acercaron a él y Rafael vio como le echaban una manta sobre los hombros y lo ayudaban a incorporarse. Será un esclavo de Mordor, pensó, y yo moriré libre. Rafael notó el sabor de la sangre. Era su propia sangre que se le escapaba por la boca, llevándose su alma con ella.

Pude ser el rey. Sonia debió haber sido mi reina, pensó y volvió a cruzar aquella puerta. Cayó al vacío para siempre y dejó de existir.

(Fin)

Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

http://www.avcff.org/ubik.htm

Noticias de Ciencia, Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, actividades, publicaciones e historia de la asociación.

LA VERDADERA HISTORIA DE JUAN GARCÍA

por José Carlos Canalda

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española (Pulp Ediciones, 2001, nominada al premio Ignotus 2002) y ha colaborado en La ciencia ficción española (Robel, 2002, premio Ignotus 2003), en Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio (Universidad de Valencia, 2004) y en las revistas Solaris, Valis, Gigamesh y Pulp Magazine (premio Ignotus 2002 por el artículo El erotismo en las novelas de a duro), así como en las páginas web Sitio de Ciencia Ficción, Página de las Novelas de a Duro, BEM, Stardust, Cyberdark y Silente.
En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (Pulp Magazine, Asimov (el cuento El hombre que se burlaba del tiempo fue nominado para los premios Ignotus de 2005), Artifex, Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico, Menhir, Parnaso, Fabricantes de sueños 2004, Espiral, Miasma, Tierras de acero y Gurbo) como en formato electrónico (Sitio de Ciencia Ficción, BEM, NGC 3660, La Fundación, Página de Sadrac, Qliphoth, Alfa Erídani (la novela corta Cuando las estrellas brillen de nuevo fue nominada para los premios Ignotus de 2004), Púlsar, La Plaga, Tau Zero, Revista Ochocientos, Axxón, Fobos, Efímero, Vórtice, Necronomicón, Aurora, Alcalá Web, Ciencia Ficción Perú, Velero 25, Atlantea, Sedice, Rescepto y NM).
Ha sido co-antologista, junto con Antonio Cerveró y José Vicente Ortuño, de la antología Fabricantes de Sueños. Selección 2005, editada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, y jurado en el premio Domingo Santos de 2006.
Página personal de José Carlos Canalda http://es.geocities.com/jccanalda/

—En unas declaraciones a nuestra emisora el ministro del Interior ha desmentido categóricamente las acusaciones vertidas por el portavoz de la oposición...

El despertador, cumpliendo con su irritante cometido, le arrancó del sueño lanzándolo a las garras de la cruda realidad. Era lunes, por lo que la siempre desagradable obligación de madrugar se le puso todavía más cuesta arriba.

El ritual cotidiano se cumplió sin desviarse un ápice de lo habitual: Se duchó, desayunó, se encaminó a la estación, compró el periódico, montó en el tren sentándose en un rincón alejado de las puertas... Y se adormiló apenas llegado a las páginas de *nacional*.

Dos o tres estaciones más allá apareció el revisor. Cuando llegó a su altura sacó maquinalmente la tarjeta de transportes y se la enseñó con el gesto cansino de quien todavía no está

demasiado despierto. Habitualmente el revisor, no mucho más despierto que los viajeros, solía comprobar de forma somera que la tarjeta estuviera en orden, pero en esta ocasión se quedó mirándola con detenimiento. Desconcertado por su reacción interrumpió el gesto ya iniciado de volverla a guardar, esperando una reacción de su interlocutor que no tardó en llegar.

—Disculpe, señor. ¿Le importaría mostrarme su carnet de identidad?

Era algo insólito, pero el revisor estaba en su derecho. Molesto por la alteración de la rutina sacó la cartera y la abrió, mostrando el documento sin molestarse en sacarlo de la misma.

El revisor se quedó mirando el carnet con la misma atención con que antes lo hiciera con la tarjeta de transportes, para acabar finalmente mostrando su disconformidad con la documentación presentada.

—Lo siento, señor, pero su título de transporte no es válido. Tengo que cobrarle el billete.

—¿Cómo dice?

—Que su tarjeta no está en orden. ¿Sería tan amable de decirme a dónde va?

No era precisamente el momento del día en el que estaba de mejor humor, por lo que no pudo evitar el estallido. Al principio pensó que se le hubiera podido olvidar comprar el cupón mensual, pero inmediatamente recordó que estaba a mitad de mes y había usado sin problemas ese cupón durante toda la semana anterior. No había ningún motivo que justificara las reticencias del revisor, pero la forma en la que le exigió explicaciones no fue precisamente la más diplomática.

—He de recordarle, señor, —fue la glacial respuesta del empleado— que está terminantemente prohibido utilizar la tarjeta de transportes de otra persona. Así pues, me veo obligado a retirársela y a imponerle la multa estipulada por la ley para los viajeros sin billete. Son cinco mil pesetas.

¡De otra persona! Esto era absurdo. Miró perplejo la fotografía de la tarjeta... Era él, evidentemente.

—Me está usted tomando el pelo. —gruñó con una voz lo suficientemente elevada como para que sus vecinos más inmediatos volvieran la cabeza.

—Es usted el que está intentando tomármelo a mí. —contestó el revisor— Me presenta una tarjeta de transportes y un carnet de identidad que no son los suyos, y todavía me monta un numerito. ¿Me va usted a pagar?

—¡Por supuesto que no!

Entonces tendrá que acompañarme a la estación más próxima.

—Me parece estupendo. De paso, dígales que vayan preparando el libro de reclamaciones.

El jefe de estación no se mostró mucho más razonable que el revisor. Tras mirar y remirar ambos documentos, le comunicó que éstos no eran válidos y que tendría que pagar la preceptiva multa. Él protestó airadamente con la seguridad de quien se sabe poseedor de la razón, pero de nada le sirvió; ante su rotunda negativa a pagar nada por lo que él consideraba una absurda mascarada, se vio humillantemente retenido por un par de vigilantes a la espera de la llegada de la policía.

Los policías fueron amables, pero cuando le requirieron que se identificara y él les contestó desabridamente que empezaba a estar harto de imbéciles, optaron por llevárselo a la comisaría. El comisario, a su vez, intentó convencerle para que obrara con sensatez; puesto que él respondió mandándole a hacer gárgaras (en realidad fue algo más obsceno), acabó finalmente enfriando sus ideas en el calabozo.

No había pasado una hora cuando fue sacado del calabozo y llevado de nuevo al despacho del comisario, donde descubrió con sorpresa la presencia de su mujer. Intentó hablarle, pero el comisario se le adelantó con la pregunta de rigor.

—¿Le conoce?

—No le he visto en mi vida. —respondió ella con gesto turbado— Ni sé quien es, ni lo que pretende.

—Está bien. Llévenselo. —ordenó a sus subordinados sin dejarle abrir la boca— No quiero que nos monte un escándalo.

No lo llegó a montar, pero intentarlo sí que lo intentó. Gritando una y otra vez una mezcla de súplicas y maldiciones tanto dirigidas a su mujer como a los funcionarios, fue materialmente arrastrado de nuevo hasta su encierro. Esta vez sería más largo el período de tiempo que tuvo que aguardar hasta que uno de los policías de servicio le comunicó que el comisario quería hablar con él siempre que prometiera guardar la compostura y se mostrara razonable.

Aceptó; ¿qué iba a hacer? Poco después, se encontraba sentado frente a su captor intentado mantener la serenidad frente a una situación que se le antojaba kafkiana.

—Le confieso que no sé qué hacer con usted. —fue su fatigado saludo— Y únicamente quiero que haga algo tan sencillo como identificarse... De verdad.

De repente le pareció encontrarse prisionero en un mundo de locos. ¿Que se identificara? Bien, les seguiría la corriente.

—¿Me hace el favor de devolverme el carnet de identidad? —preguntó suavemente a modo

de respuesta.

—Sí, ¿cómo no? —el comisario estaba haciendo verdaderos esfuerzos por parecer amable; no cabía la menor duda de que su actuación resultaba magnífica.

Cogió el carnet, lo miró detenidamente y llegó a la única conclusión razonable: Era el suyo. La fotografía, el número, los datos personales... Todo estaba en orden a excepción del empecinamiento cerril de los que le rodeaban.

—¿Qué le hace pensar que no sea mío? —inquirió al fin.

El comisario le miró perplejo tal como lo hubiera hecho de haberle preguntado por qué la Tierra era redonda y no plana. Enarcó las cejas, reprimió un gesto de disgusto apenas esbozado en su rostro, y haciendo un visible esfuerzo por contenerse enumeró con lentitud sus razones.

—La fotografía no coincide con usted, la fecha de nacimiento evidentemente tampoco, la esposa del titular no le ha reconocido... ¿Continúo?

—A mi mujer —respondió— ya le arreglaré yo las cuentas en cuanto vuelva a casa. Y en lo que respecta a lo demás, no sé cómo decírselo; este carnet es el mío de siempre, y a no ser que me haya cambiado la cara por la noche...

—Convénzase por usted mismo. —suspiró el policía abriendo un cajón y alargándole un espejo.

Cogió el espejo con aprensión, casi con miedo, y tras titubear unos instantes se miró la cara... Era la de siempre, sin más diferencia que unas inequívocas muestras de cansancio. Comparó la imagen del espejo con la fotografía de marras; eran idénticas.

—¿Y bien? —se burló el policía— ¿Qué me dice ahora?

—Esto es absurdo —musitó con un hilo de voz—. Completamente absurdo.

—Escuche, amigo, le voy a contar mi problema. Me encuentro con un indocumentado que porta una documentación que no le corresponde, perteneciente además a una persona desaparecida...

—¿Cómo desaparecida? —protestó vivamente.

—Desaparecida. —insistió el policía— Hemos llamado a su trabajo y nos han dicho que no fue a trabajar; de su casa salió normalmente como todas las mañanas, por lo que su mujer decidió denunciar su desaparición.

¡Maldita zorra! Ahora lo entendía todo... O creía entenderlo, al menos. Pero era consciente que montando un escándalo no iba a conseguir nada, por lo que optó por seguir con la vía diplomática.

—¿De qué se me acusa? —le espetó aparentando una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Acusarle? De nada.

—Pero estoy detenido.

—Detenido no; simplemente retenido hasta que podamos comprobar su verdadera identidad... Y también —dudó el comisario— hasta que descubramos su relación con el desaparecido.

¡Otra vez insistiendo en esa estupidez! Conteniendo la irritación, continuó con su estrategia.

—¿Puedo hacer una llamada?

—¿A quién? —se sobresaltó su interlocutor.

—A mi abogado.

No era ningún farol. Su mejor amigo era abogado de profesión y acostumbraba a encargarse de sus asuntos legales; pero en esta ocasión, más que al abogado capaz de sacarlo del brete necesitaba al amigo que le ayudara a sobrellevar tan aberrante situación. Luis —éste era su nombre— nunca le fallaría.

—Bueno, en principio no tengo nada que objetar. —concedió el policía— Aquí tiene el teléfono.

Su amigo se sorprendió cuando le dijo que estaba retenido en una comisaría, pero le prometió acercarse tan pronto como pudiera. La espera no fue larga, apenas llegó a una hora, pero se le hizo eterna a pesar de que no fue encerrado en el calabozo al haberle sido permitido aguardar en el propio despacho del comisario.

Cuando el abogado llegó llevaba más de veinte minutos sumido en un hosco silencio, agotado ya todo el repertorio posible de banalidades y frases de conveniencia. Esto no le impidió, no obstante, levantarse como impulsado por un resorte apenas vio entrar a su amigo.

—¡Luis, por fin has venido!

El abogado, para sorpresa suya, no sólo no respondió a su vehemente saludo, sino que además retrocedió protegiéndose tras el quicio de la puerta.

—Disculpe, caballero... —balbuceó confuso— Me temo que se ha equivocado.

Iba a replicar de forma airada cuando el comisario terció con un notable sentido de la oportunidad.

—¿Conoce usted a esta persona? —preguntó al recién llegado al tiempo que le mostraba el controvertido carnet de identidad.

—Sí, claro; es mi amigo... mi cliente. —se corrigió— He venido a reunirme con él.

—Pues lamento decirle que este hombre ha desaparecido y le estamos buscando. —se apresuró a decir el policía sin darle tiempo material para abrir la boca.

—¿Desaparecido? —exclamó incrédulo su amigo— No puede ser; no hace ni una hora que hemos estado hablando por teléfono; fue él quien me pidió que viniera aquí.

—Con quien habló fue con este individuo. —explicó el comisario señalándole a él con un ademán— Pretende ser el titular del carnet de identidad que le he enseñado.

La perplejidad de su amigo era tan evidente como auténtica. No fingía, de eso estaba completamente seguro.

—Pe... pero. —balbuceó— ¡Usted no es mi cliente!

El mundo se desplomó sobre su cabeza. ¿Cómo era posible que pudiera pasarle lo que estaba ocurriendo? El universo entero se había vuelto repentinamente loco... O bien el único loco era él.

—Está bien. —sollozó derrumbándose en el sillón— Hagan ustedes lo que mejor les parezca.

* * *

Una semana después la situación no había mejorado en absoluto, sino más bien al contrario. Los policías le habían tratado correctamente, eso era cierto, pero también lo era que de nada podía ser acusado salvo de poseer una documentación perteneciente a alguien —¡él mismo!— que seguía en paradero desconocido... ¿Cómo no iba a estarlo?

Evidentemente, bajo el punto de vista policial era un indocumentado. Que no era un inmigrante ilegal era algo que saltaba a la vista, pero el hecho de que no pudiera ser identificado ni por su fotografía ni por sus huellas dactilares —que según ellos tampoco coincidían con las del carnet de marras— traía de cabeza a la policía. Por si fuera poco ésta no pudo encontrar el menor vínculo entre él y el *desaparecido* a excepción de la documentación del mismo que le fuera intervenida, y como además él se empeñara en seguir dando su verdadero nombre o, cuando se aburría, simplemente en no dar ninguno, se encontraron finalmente en un inevitable callejón sin salida.

Las pruebas psiquiátricas a las que fue sometido resultaron concluyentes: Su mente era completamente normal a excepción del tema concreto de su identidad, lo que en opinión de los expertos se debería a un grave trastorno de la personalidad que le hacía rechazar su verdadero nombre, probablemente a causa de un trauma de origen desconocido, habiéndolo así cambiado por el de otra persona cuya documentación habría conseguido de forma accidental. No creían los médicos que de él se ocuparon que hubiera tenido nada que ver con la *desaparición* de esta persona, por lo que recomendaron que le fuera retirado todo posible cargo al respecto al tiempo que apuntaban la necesidad de que fuera internado temporalmente en un centro hospitalario donde pudiera ser tratado convenientemente de su dolencia mental.

* * *

Varios años después continuaba encerrado en el manicomio. La necesidad de ser identificado de alguna manera había llevado a los responsables del centro a asignarle el nombre circunstancial de *Juan García* con el que ahora era conocido; aunque lo cierto era que a él ya todo le daba igual. Su conducta no podía ser más correcta ni más *normal*, por usar criterios convencionales; pero puesto que nadie le había reclamado y él no tenía a dónde ir, se llegó a la pragmática decisión de dejar las cosas tal como estaban.

¿Estaba loco? Ni él mismo lo sabía; pero se había rendido a la evidencia. Él no sabía que a instancias de su mujer había sido dado por muerto, ni que ella se había casado de nuevo rehaciendo de esta manera su vida; a decir verdad, esto no le importaba lo más mínimo. A fin de cuentas, si el mundo se había vuelto repentinamente loco, ¿qué mejor refugio para él que un manicomio?

(Fin)

NECRONOMICÓN

Literatura supercorta de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción.

Los engendros de los mitos acechan en la oscuridad, acércate bajo tu propia cuenta y riesgo.

Colabora con relatos de menos de 1000 palabras.

http://necronomicon.avcff.org

William Trabacilo

La portada - El dibujante

William Trabacilo nació en Caracas, Venezuela, el 25 de septiembre de 1963. Desde niño sentía predilección por los relatos de anticipación, tendencia que se reforzó durante sus estudios de Ingeniería Eléctrica en la Universidad Central de Venezuela. Pero la verdadera contaminación ocurrió a raíz de leer un artículo en el diario "El Nacional" donde halló el número de acceso vía módem a UBIK BBS. Desde entonces se mantiene relativamente cerca del variopinto y anárquico grupo que constituye la principal referencia venezolana en cuanto a CF, y en ocasiones se atreve a perpetrar algún relato. Actualmente se dedica a dar clases de Geometría Descriptiva en la Universidad Católica Andrés Bello, y en la Universidad Central de Venezuela. Es casado, y padre de un niño.

Pero además del gusto por la CF escrita, y quizá por encima de éste, ha cultivado siempre una fuerte afición por el dibujo, actividad que realiza en cuanto lugar encuentra y cada vez que puede. De hecho se atrevió a diseñar los logotipos de la AVCFF (Asociación venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía), y de la revista Ubikverso.

¿Por qué la portada de Ubikverso?

El proyecto emblemático de los días de UBIK BBS fue la Historia Universal, donde William participó un poco. De esos días conservó a un personaje llamado Mediqiam Deborz, cronista de lo Antiguo. Aparece en la portada tal como fue imaginado al principio: no exactamente humano. Comparte escena con un animal de cabalgadura llamado "díjara". En primer plano, saluda junto a su vehículo robot, una heroína terrestre, una exploradora que ha estado desarrollando y que aún no tiene nombre. Ambos se encuentran cerca de las ruinas de uno de los obeliscos claves de la historia de Mediqiam, y se hace evidente la diferencia de talla entre ambas razas.

ASTEROI
GEA
DINAMIS

Palabras finales

Si has llegado a esta página espero que te hayas leído toda la revista y, lo que es más importante, que te haya gustado. Fue un largo proceso de conversión personal que quizás no se refleje en este número, pero que tal vez si sea visible en el devenir del Necronomicón.

En este número disfrutaste de la ficción tolkeniana de Javier Álvarez Mesa, El Caballo Nuevo (el título es un juego de palabras, si no los has descubierto ya te lo estoy diciendo) y la angustiosa y frustrante experiencia kafkiana de "La Verdadera Historia de Juan García" de José Carlos Canalda. Ambos relatos transitan vericuetos de la mente que a veces preferimos no ver de frente.

No me queda más que invitarlos a ustedes, lectores, a buscar nuevas ficciones en el próximo número, y a los escritores a que me envíen sus relatos, ya saben: entre 1000 y 7500 palabras. Espero que el nuevo ritmo de trabajo que voy a aplicar con Ubikverso funcione tan bien como lo ha hecho en el Necronomicón y nos leamos en el segundo cuatrimestre de 2008. No se olviden escribir todo aquello que les gusta de Ubikverso (de paso si han leído el Necro también se valen opiniones sobre aquel engendro oscuro), siempre estoy pendiente de todos sus comentarios.

Salud, lean mucho, jueguen bastante, ríanse, hagan el amor aquellos que tengan la edad o la oportunidad, relájense y dejen el estrés en el trabajo y sobre todo apostemos fuerte por el crecimiento de la literatura fantástica en español. Leer nunca antes fue tan fácil, asequible y placentero.

Hasta la próxima.

Jorge L. De Abreu

¡Colabora con Ubikverso!

Recibimos relatos de Ciencia Ficción, Fantasía o Terror. Envía tus cuentos entre 1000 y 7500 palabras a ubikverso@avcff.org. El mensaje debe incluir el nombre del autor, el relato y una pequeña biografía del autor de no más de ciento cincuenta palabras.

Encontrarás más información en el portal de Ubikverso (http://ubikverso.avcff.org) o escribiéndonos a ubikverso@avcff.org.